



EL LUJO DE VOTAR

El 20 hay que votar porque, según lo visto en Italia y Grecia, elegir presidente va a ser un lujo de países ricos

VISTO lo visto en Italia y en Grecia, quizá los españoles tengamos el domingo una última oportunidad de ejercer ese derecho que parece estar convirtiéndose en un lujo de países ricos: elegir a nuestros gobernantes en las urnas. Y aún puede que no se trate de una oportunidad definitiva porque los mercados acreedores de la deuda se han aficionado a jugar al dominó con fichas mediterráneas y empiezan a soñar con una Europa del Sur dirigida por tecnócratas que jamás ganarían unas elecciones... ni aspiran a presentarse a ellas.

El presidente que salga elegido el día 20 —Rajoy con toda probabilidad, tanta que hasta un hombre tan morigerado como él mismo se ha atrevido a darlo por hecho— ni siquiera va a tener las manos libres. En el mejor de los casos tendrá que gobernar bajo la estrecha vigilancia de Frau Merkel y del Banco Central Europeo, y seguramente se verá obligado a hacer cosas que no tiene previstas; en ese sentido la ambigüedad programática del PP parece obedecer más a la cautela que a la ocultación. Con una deuda como la española es difícil aspirar a la soberanía plena; mientras la moneda común baile sin que sepa de qué lado caerá no será posible la autonomía política sin autonomía financiera. Mirando al vecindario todavía podemos darnos con un canto en los dientes, pero es posible que el próximo Gobierno sea nuestra última bala; si ese tiro falla España caerá cautiva y desarmada bajo la tutela comunitaria.

Poco antes del verano, Zapatero recibió carta con membrete del BCE y firma de su máximo ejecutivo. La misiva le urgía a reformar la Constitución para limitar el déficit y a elaborar una reforma laboral de mayor calado que la recién aprobada. El presidente obedeció la primera cláusula y dejó la segunda para su sucesor, pero éste recibirá cuando llegue el momento su propio correo personalizado. Le pondrán deberes y plazos, y sólo tendrá un modo de eludir la obediencia: llegar al mismo objetivo por su propia vía. Su margen de actuación estará condicionado al cumplimiento de una tarea. El método tal vez sea negociable, pero el fin no tiene alternativa.

Y la prioridad europea consiste en reducir el gasto, cuadrar las cuentas y ofrecer garantías de pago a los que nos han prestado el dinero. Si eso se puede hacer mediante una reactivación económica, mejor para todos, pero en caso contrario los mercados van a exigir atención preferente. De alguna forma hemos rozado la suerte al tener convocadas elecciones en las fechas en que el euro se desencuaderna; de haberse retrasado un poco más nadie habría podido garantizar que España no acabase con un Gobierno de concentración dirigido por un economista en jefe. Todavía está por ver cómo acaba esta película. El domin-